

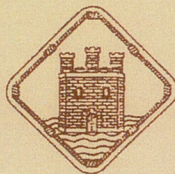
VOLUMEN XXXIII (2021)

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XXXIII
(2021)

ISSN: 0214-2473

ANALES COMPLUTENSES



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

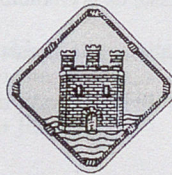




Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XXXIII
(2021)

ISSN: 0214-2473



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares



Anales Complutenses XXXIII - 2021

Dirección / Editors

F. Javier GARCÍA LLEDÓ (IEECC)

Consejo Editorial / Publications Committee

Sandra AZCÁRRAGA CÁMARA (U. Autónoma de Madrid - Museo Arqueológico Regional)

Luis GARCÍA GUTIÉRREZ (Academia de San Dámaso)

Jorge GONZÁLEZ GARCÍA- RISCO (Universidad de Alcalá de Henares - IEECC)

Pilar LLEDÓ COLLADA (IEECC)

Germán RODRÍGUEZ MARTÍN (Museo Nacional de Arte Romano de Mérida)

José VICENTE PÉREZ PALOMAR (Ayuntamiento de Alcalá de Henares)

Comité Científico / Advisory Boards

Enrique BAQUEDANO PÉREZ (Museo Arqueológico Regional. Comunidad de Madrid)

Julia BARELLA VIDAL (Universidad de Alcalá - Escuela de Escritura)

Helena GIMENO PASCUAL (Universidad de Alcalá - Centro CIL II)

Alberto GOMIS BLANCO (Universidad de Alcalá)

Ángela MADRID Y MEDINA (CECEL-CSIC)

Miguel Ángel MANZANO RODRÍGUEZ (Universidad de Salamanca)

Antonio MARTÍNEZ RIPOLL (Universidad de Alcalá)

Wifredo RINCÓN GARCÍA (CSIC)

Peter ROTENHOEFER (Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik. Munich)

Esteban SARASA SÁNCHEZ (Universidad de Zaragoza)

Edita:

Institución de Estudios Complutenses

PALACIO LAREDO

Paseo de la Estación, 10

28807 - Alcalá de Henares (Madrid)

Teléfono: 918802883 - 918802454

Correo electrónico: ieecc@ieecc.es

Anales Complutenses es una revista anual, editada por la Institución de Estudios Complutenses, que tiene como objetivo publicar artículos originales y reseñas con una cobertura temática amplia, aunque especialmente centrados en la historia de Alcalá de Henares y su entorno. Fue fundada en 1987 y, desde este año 2014 está bajo la dirección de Francisco Javier García Lledó. Está abierta a todos los investigadores que deseen utilizar sus páginas para dar a conocer sus trabajos y estudios. Los artículos recibidos son examinados tanto por el Consejo Editorial como por el Comité Científico, los cuales deciden sobre el interés de su publicación. **Los autores deben ajustarse estrictamente en la presentación de sus trabajos a las normas de presentación incluidas al final de este volumen.**

Las opiniones y hechos consignados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores. La IEECC no se hace responsable, en ningún caso, de la credibilidad, veracidad, autenticidad y originalidad de los trabajos

Reservados todos los derechos: ni la totalidad ni parte de esta Revista pueden reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o sistema de recuperación, sin permiso. Cualquier acto de explotación de sus contenidos precisará de la oportuna autorización.

Imprime:

Solana e hijos Artes Gráficas, S.A.U.

ISSN: 0214-2473

D.L: M-22933-1987



ÍNDICE

Presentación	
LLEDÓ COLLADA, Pilar	7-8
Introducción a este número	
GARCÍA LLEDÓ, Francisco Javier	9

ESTUDIOS

<i>La nieve en Alcalá de Henares, de Xarquíes a Filomena</i>	
ABELLÁN ROMERO, Miguel	13-43
<i>La casa del común de la tierra de Alcalá</i>	
CHAMORRO MERINO, Gustavo	45-73
<i>Platería complutense en la provincia de Guadalajara</i>	
ESTEBAN LÓPEZ, Natividad	75-89
<i>Evolución del paisaje fluvial de Alcalá: el Henares divagante, un Camarmilla trasladado y arroyos olvidados</i>	
GARCÍA LLEDÓ, F. Javier	91-112
<i>La arquitectura del agua: estudio de fuentes y abrevaderos en Alcalá de Henares en la edad moderna</i>	
LLEDÓ COLLADA, Pilar	113-136
<i>El estudiante de la universidad de Alcalá que odiaba a médicos y boticarios</i>	
MARTÍNEZ MARCOS, Alfonso Jesús	137-158
<i>Cofrades y cofradas de Santa María la Rica (s. XIV-XVI). Un reflejo de la sociedad complutense (I)</i>	
SÁNCHEZ MOLTÓ, M. Vicente	159-194



Cofrades y cofradas de Santa María la Rica (s. XIV-XVI).

Algunos datos biográficos (II)

SÁNCHEZ MOLTÓ, M. Vicente

195-217

El escritor Manuel Azaña (1880-1940)

SERRANO, Vicente Alberto

219-238

La desaparecida casona de la calle de Santa Úrsula

VÁZQUEZ MADRUGA, María Jesús

239-252

LISTADO DE MIEMBROS DE LA INSTITUCIÓN

255-258

NORMAS GENERALES PARA COLABORADORES

259-268

EL ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ QUE ODIABA A MÉDICOS Y BOTICARIOS

Alfonso Jesús Martínez Marcos (Fonchi)

Doctor en microbiología y parasitología por la UAH

Miembro de la IEECC

aj.mmarcos@gmail.com



RESUMEN

Este trabajo intenta dar a conocer de forma resumida la figura de uno de los estudiantes de la Universidad de Alcalá más ilustres perteneciente al Siglo de Oro español, como es D. Francisco de Quevedo, en él relato el carácter del personaje y esas malas pulgas que tenía con determinadas personalidades y colectivos, en este caso concreto, con los profesionales sanitarios de la época, donde Quevedo no solo se

mofaba e insultaba a los médicos y boticarios, sino que lo dejaba reflejado en sus escritos y obras literarias.

Palabras clave: *facultad, universidad, medicina, bachiller, licenciado, médico, boticario.*

ABSTRACT

This work tries to present in a summarized way the figure of one of the most illustrious students of the University of Alcalá belonging to the Spanish Golden Age, as is D. Francisco de Quevedo, in it I tell the character of the character and those bad fleas that He had with certain personalities and groups, in this specific case, with the health professionals of the time, where Quevedo not only mocked and insulted doctors and apothecaries, but also reflected it in his writings and literary works.

Keywords: *faculty, university, medicine, bachelor, graduate, doctor, apothecary.*

INTRODUCCIÓN

Hace un tiempo cayó en mis manos una publicación patrocinada por un laboratorio farmacéutico que hacía referencia a la relación de un estudiante de la Universidad de Alcalá con las ciencias médicas, cuando me dispuse a afrontar su lectura descubrí que ese estudiante no era ni más ni menos que D. Francisco de Quevedo, de todos conocido por sus peleas no solo literarias con su coetáneo D. Luis de Góngora, al que profirió todo tipo de insultos y desprecios, sino también con determinados colectivos como era el referente a la salud, representado en los médicos y boticarios de la época, que fueron muy mal tratados por D. Francisco, considerándoles como chupones y saca sangres económicos de la sociedad de ese tiempo. Una anécdota reseñable de su mal carácter fue que D. Francisco, propietario de una casa en el barrio madrileño de las letras, alquiló a D. Luis este inmueble sin que este supiera quién era realmente el dueño de dicha casa, pues la intención era simplemente jorobar y reírse de D. Luis, ya que cuando este estuvo completamente instalado, fue expulsado *ipso facto* de la casa por D. Francisco.

Sin embargo, era poco conocida su animadversión hacia el mundo sanitario, lo que llamó mi atención y disposición para profundizar y dar a conocer sus motivos.

VIDA Y OBRA

El nombre completo y real es Francisco Gómez de Quevedo y Villegas Santibáñez, se supone que nació el 17 de septiembre de 1580 en Madrid en una casa perteneciente a la nobleza cortesana donde ocupó el tercer lugar entre los descendientes de D. Pedro Gómez de Quevedo y María Santibáñez, quienes tuvieron un total de cinco hijos. Lo que sí está documentado es que fue bautizado el día 26 del mismo mes en la Parroquia de San Ginés de la calle Arenal de la capital y cuya partida de bautismo transcribió su segundo gran biógrafo Aureliano Fernández Guerra y Orbe. (Rivas Cabezuelo, 2008:1).

Su familia procedía de tierras cántabras, en concreto del pasiego Valle de Toranzo, era una familia de hidalgos, de antigua raigambre y con limpia sangre atesorada, de la que tanto presumía Quevedo y los castellanos de su época.

El padre, que murió cuando Francisco tenía 6 años, trabajaba en Palacio como secretario de María de España, hija del emperador Carlos V y su madre era dama de honor de la reina.

Desde su nacimiento fue poco agraciado físicamente ya que tenía una deformación de los pies siendo zambo de ambos, lo que le provocaba una leve cojera, ocasionada quizás por una mala atención médica durante el parto, además presentaba moderada obesidad y sobre todo tenía una acentuada miopía que le obligaba a llevar lentes permanentemente, que con el transcurso del tiempo se immortalizaron con el nombre de “Quevedos” que se tradujeron como “que ve dos”.

Quizás esa minusvalía física hizo que se le acentuara más su intelecto, estudiando en el Colegio Imperial de los Jesuitas de Madrid (hoy permanece en funcionamiento como Instituto de San Isidro) hasta que se traslada a Alcalá para proseguir sus estudios superiores, siempre interesado por las letras y los idiomas.

Ya entrado el S. XVII, se instala en Valladolid, junto con la corte al ser trasladada la capitalidad del reino por el Duque de Lerma a esta ciudad, para cursar estudios de teología, tema del que estuvo interesado durante toda su vida.

Aunque la corte vuelve a Madrid, Quevedo permanece hasta completar estudios en la ciudad del Pisuerga, volviendo en 1611 a Madrid bajo la protección del Duque de Osuna, siendo ya conocido como hombre de letras, entrando en el círculo artístico de los grandes como Miguel de Cervantes y Lope de Vega. Poco después, en 1613, se traslada a Italia donde trabaja como secretario de su amigo y protector, Pedro Téllez-Girón Duque de Osuna, dedicado a conseguir el virreinato de Nápoles para su mecenas, objetivo conseguido en 1616, donde se le encarga la organización y control de las finanzas de los reinos de Nápoles y Sicilia. La realización de esta labor le fue recompensada con el título de caballero de la orden de Santiago en el año 1618 y el nombramiento como diplomático en Roma.

Esta buena situación le dura poco tiempo, ya que con la caída del Conde de Osuna en 1620 se ve obligado a recluirse en el feudo regalado por su madre de La Torre de Juan Abad. Después, sufrió presidio en el monasterio de Uclés y arresto domiciliario en Madrid. Tras cumplimiento de pena se ve de nuevo recluido en la Torre de Juan Abad por su intervención en el designio como patrón de España entre el Apóstol Santiago y Santa Teresa. Esta nueva reclusión termina con la llegada al trono del rey Felipe IV en 1621, incorporándose Quevedo a la vida política y social de la corte, ahora con el apoyo del conde-duque de Olivares.

En 1632 es nombrado secretario del rey. Al llevar una vida poco organizada y sin responsabilidades familiares, el propio duque de Medinaceli le aconseja y casi le impone el casamiento con doña Esperanza de Mendoza,

una mujer mayor, viuda y con tres hijos y cuyo matrimonio no duró mucho y tampoco consiguió encarrilar la vida del propio Quevedo.

En 1639 interviene en una conspiración contra el Gobierno, siendo una vez más detenido, sus libros confiscados, y recluido al monasterio de San Marcos en León que actuaba como prisión, siendo de las más lúgubres y penosas del reino que le dejó secuelas en la propia salud de Quevedo.

Liberado en 1643, enfermo, débil y sin fuerzas para incorporarse a la vorágine social del momento, renuncia a sus actividades en la corte y se retira de nuevo a la Torre de Juan Abad, para acabar instalándose en el convento de los Dominicos de Villanueva de los Infantes donde murió el 8 de septiembre de 1645.

A lo largo de su vida ostentó los títulos de Caballero de la Orden de Santiago y Señor de la Torre de Juan Abad.

D. Francisco, figura de las letras, fue el representante de “**el conceptismo**” como corriente literaria del Barroco basada en el concepto, priorizando el significado de las palabras y las relaciones entre ellas, haciendo uso de las herramientas literarias como la metáfora, la alegoría, la antítesis, el paralelismo, y otras técnicas que permitiesen las relaciones entre conceptos. El concepto incluía el uso de la polisemia, los juegos de palabras, la ironía, la anfibología, los equívocos, las paradojas y los zeugmas para la escritura poética.

Quevedo cultivó la prosa dejándose llevar por ese ambiente barroco de crítica y pesimismo, donde nos dejó obras como: *La vida del Buscón* llamado don Pablos de 1626, su única novela escrita de ámbito picaresco, donde se ofrece una visión grotesca y amarga, con intención cómica y donde en los capítulos IV y V del libro primero, se hace referencia a nuestra ciudad complutense y su estancia en ella. (Quevedo Villegas, 1969:50-59). Aquí una muestra de citas de la ya mencionada obra en alusión a Alcalá:

“(…) pasáronse unos tres meses en esto, y al cabo, trató don Alonso de enviar a su hijo a Alcalá, a estudiar lo que le faltaba de la gramática” (Quevedo Villegas, 1969:51).

“(…) y más, que es menester hacerse a comer poco para la vida en Alcalá” (Quevedo Villegas, 1969:52).

“(…) como hemos de servir a v. m. en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto” (Quevedo Villegas, 1969:53).

“(…) casi era peor lo que había pasado en Alcalá en un día que todo lo que me sucedió con Cabra” (Quevedo Villegas, 1969:59).

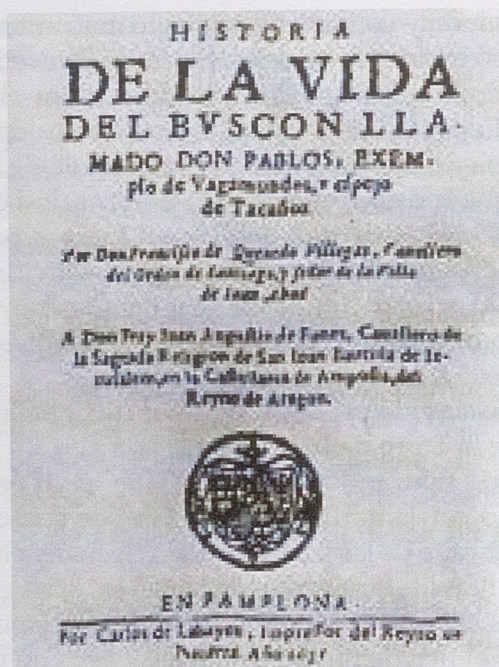


Figura 1. Portada en edición antigua del Buscón don Pablos.

Sus obras completas pueden clasificarse en:

Sátiras menipeas: Los sueños (Juicio final, Alguacil endemoniado, Infierno, Mundo por dentro, Muerte) en estos cinco escritos cortos se denuncian los abusos, vicios y engaños de todos los oficios y estados del mundo en esos años a través de la sátira y la burla. Estas pequeñas obras circularon manuscritas hasta que un editor las reunió en 1626 y fueron publicadas en 1631 bajo el título de “Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio; Discurso de todos los diablos o infierno enmendado de 1628, La Fortuna con seso y la Hora de todos” de 1699 donde se hace una crítica política, social y religiosa.

Obra ascética: “La cuna y la sepultura para el conocimiento propio y el desengaño de las cosas ajenas y Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo”, ambas de 1635.

Obra burlesca: “Cuento de cuentos”, de 1628 y “La culta latiniparla” de 1629. Mención especial por su repercusión cabe señalar *Gracias y desgracias del ojo del culo* de 1620 y publicada en 1626, obra dirigida a D^a Juana Mucha, a la que califica como “montón de carne, mujer gorda por arrobas”. Esta obra figura escrita por Juan Lamas, el del camión cagado (pseudónimo del

propio Quevedo), se dirige a ella indicándole que, si “el tratado que le dedica le parece entretenido, lo lea y si le parece sucio, límpiase con él y bésele apretadamente, comparando los ojos de la cara con el del culo, aunque a este le encuentra más ventajas” (Turiél de Castro, 1997:297).

Contra Góngora y el culteranismo: “Aguja de navegar cultos”

Obras de contenido político: “Discurso de las privanzas, Política de Dios, gobierno de Cristo”, de 1626; “Vida de Marco Bruto” entre 1632-1644.

En el campo poético destacan los sonetos endecasílabos, aunque su obra poética fue editada póstumamente por José Antonio González de Salas en “El Parnaso español. Monte en dos cumbres dividido” en 1648 donde se explaya como conceptista barroco sin dejar de expresar sus caracteres burlescos. También nos dejó algunos retazos románticos como en “Afectos varios de su corazón, fluctuando en las ondas de los cabellos de Lisi”.

No solo quedan para la posteridad sus obras literarias, sino que también nos ha dejado expresiones o palabras recogidas en los diccionarios enciclopédicos como son:

Quevedo (de Quevedo): “Estar como Quevedo, que ni sube ni baja, ni se está quedo”. Aplicada a la persona o cosa que, hallándose en continuo movimiento, causa al propio tiempo estrépito o ruido o da qué hacer a las personas que la rodean.

Quevedos (Porque con esta clase de anteojos está retratado Quevedo): m. pl. Lentes de forma circular con armadura a propósito para que se sujete en la nariz.

Ambos términos recogidos en el tomo IV del diccionario de carácter literario de Aniceto Pagés y José Pérez (De Pagés, A. Pérez J., 1901:654).

¿UN CUADRO DE DIEGO VELAZQUEZ?

Este cuadro representa la imagen de D. Francisco, que se ha atribuido al propio pintor Diego Velázquez, aunque en realidad es una de las tres copias que hicieron sus colaboradores en el taller del pintor sevillano, cuyos propietarios eran los Condes de Oñate, hasta que en 1880 pasó a manos de los Condes de Valencia de Don Juan. Hoy se conserva en el Instituto Valencia de Don Juan. Las otras dos copias salientes del taller de Velázquez se conservan en el Wellington Museum de Londres y la otra en Madrid, esta última propiedad de la familia de Xabier de Salas.

Una curiosidad reseñable es que las dos primeras copias incluyen una inscripción referente al copista, mientras que en la tercera aparece solo una «J» en la parte derecha. Parece corresponder al pintor Juan van der Hamen.

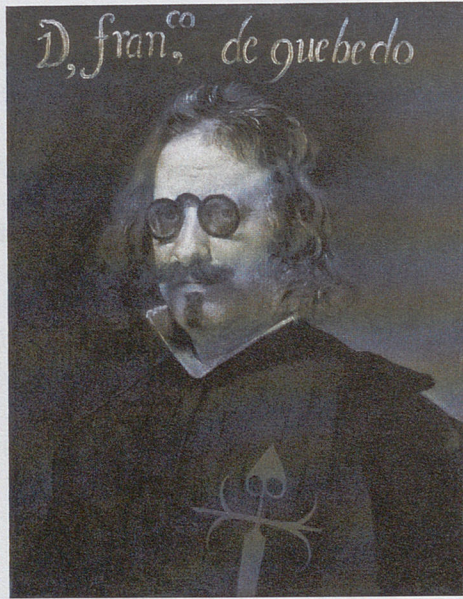


Figura 2. Cuadro retrato de D. Francisco de Quevedo.

En cuanto al original de Velázquez, se perdió la pista de su existencia a partir del momento en que Quevedo se exilió para pasar una temporada recluido en el convento-prisión de San Marcos de León.

En él se representa a Quevedo en edad madura, con pelo largo y canoso, bigote y media perilla, así como arrugas en el entrecejo, vestido de negra capa con la cruz roja de la Orden de Santiago al pecho, golilla de color blanco y con sus inconfundibles y características lentes “quevedos”.

La obra pictórica es un óleo sobre tela, con unas dimensiones de 48 x 60,5 cm. con marco y está datada de mediados del siglo XVII.

ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ.

Como ya contamos en el relato de su vida, Quevedo realiza sus primeros estudios en el colegio de la Compañía de Jesús o Colegio Imperial de los jesuitas de Madrid, donde pasó sus primeros años formativos entre 1592 y 1596.

En 1596, con 16 años, Francisco de Quevedo ingresa en la Universidad de Alcalá para estudiar Teología, residiendo en el Colegio Menor de San Felipe y Santiago o “del Rey” (inicialmente conocido como del “príncipe”)

fundado por Felipe II en 1550-1551, para que estudiaran en él hijos de criados de la casa real, requisito que cumplía Francisco gracias a su madre, con una capacidad para 16 estudiantes de Teología y Cánones. En cierta manera esta fundación se realizó en compensación por la incautación que había hecho su padre, con visas a su nombramiento como emperador, de los bienes que el Cardenal Cisneros había dejado a la Universidad y que rondaban los cincuenta millones de maravedís.

El Colegio se crea en un edificio de la calle Libreros sobre las que fueron “casas de tapias”, mandadas levantar por Cisneros. La fachada, situada entre dos torreones, atribuida a Juan Gómez de Mora, está rematada por un frontón sobre una portada de piedra de granito en cuyo dintel se sitúa el escudo real de los Austrias junto a una inscripción que dice: “PHILIPPUS_III_H_REX CHRMO”, referida al patronazgo del rey Felipe III. El claustro fue realizado, según reza en una inscripción, por José Sopena en 1696 en estilo herreriano, con columnas de piedra berroqueña de orden toscano.



Figura 3. Portada actual del Colegio del Rey.

Uno de los rectores de este colegio fue el famoso humanista Ambrosio de Morales, y junto a Quevedo también estudiaron otros personajes históricos como Antonio Pérez, secretario de Felipe II. Este edificio desde 1991 es la sede del Instituto Cervantes, institución creada por el Estado para la promoción de la Lengua Castellana y la cultura española en todo el mundo.

Volviendo al protagonista, éste se matriculó en Súmulas, Lógica, Física y Matemáticas. El 4 de octubre de 1599 recibió el título de bachiller, aunque no lo recogió hasta el 1 de junio de 1600. En ese mismo año, consiguió también la licenciatura en Arte, tras certificar que había realizado y seguido las enseñanzas de los cursos de Filosofía Natural y Metafísica.

Tras su periplo complutense, Quevedo abandona la ciudad en 1601 para establecerse en Valladolid, donde reanudó sus estudios en Teología, aunque no llegó nunca a ordenarse.

De esos años como estudiante complutense, nos queda la anécdota más recordada de Quevedo, cuando estando en el Colegio Mayor de San Ildefonso visitando a unos amigos y tras dar el toque de oraciones se cerraron las puertas del Colegio hasta la apertura de las mismas a la mañana siguiente, quedando encerrado en su interior por no respetar el horario, para poder abandonarlo y regresar a su colegio menor, los compañeros le metieron en un cesto y le ayudaron a descolgarse por una ventana de la fachada, a mitad de bajada y haciéndole presa de una broma al colegial del Rey, ataron la cuerda y le dejaron colgado sin poder llegar al suelo, entonces Quevedo comenzó a balancearse entre gritos, alertando a la guardia de ronda, quien preguntó “¿Quién vive?” a lo que Quevedo, en vez de quedarse callado, contestó: “Soy el señor don Francisco de Quevedo que ni sube ni baja ni está quedo”.

Estas hazañas y tunantes aventuras le sirvieron para escribir años más tarde la esperpéntica y despiadada “Vida del Buscón llamado Pablos”, en cuyos capítulos IV y V se hace referencia a Alcalá, como “Casi era peor lo que había pasado en Alcalá en un día que todo lo que me sucedió con [el dómine] Cabra”.

También el autor recuerda a Alcalá en sus poesías, como es el caso del río Henares, y en el poema amoroso, escrito en sus años de estudiante, que comienza con “Detén tu curso, Henares tan crecido,”

Por último, al profundizar en el estudio y conocimiento de personajes relacionados con la historia de Alcalá, me ha llamado la atención la relación o paralelismo en la vida de dos personajes como Cervantes y Quevedo. Podemos indicar varios puntos que corroboran este hecho:

- Ambos vivieron en Alcalá y Madrid. Cervantes nace en Alcalá y marcha a Madrid, Quevedo nace en Madrid y marcha a Alcalá a estudiar.

- Ambos fueron soldados. Cervantes en Los Tercios y Quevedo como caballero de la orden de Santiago
- Los dos se marcharon a Valladolid. Quevedo a completar sus estudios y Cervantes siguiendo a la corte.
- Los dos viajaron y vivieron en Italia. Cervantes se embarcó hacia la Batalla de Lepanto, mientras Quevedo llevó a cabo misiones diplomáticas en Nápoles para defender el virreinato a las órdenes del Duque de Osuna.

QUEVEDO: SIEMPRE HACIENDO AMIGOS

Quevedo era conocido por ser una persona con una vida muy desordenada y poco organizada, fumador empedernido, pasaba parte de su vida en prostíbulos y tabernas.

Góngora era el principal personaje en la diana de Quevedo, a quien se refería como un sacerdote indigno, homosexual, jugador y escritor de versos indecentes que utilizaba un idioma oscuro. Góngora como representante del culteranismo barroco, enemigo personal y literario, se burlaba de él haciéndole ver como un borracho en un poema satírico, otros sin embargo le calificaban como maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonerías, bachiller en suciedades, catedrático de vicios y un poco diablo entre los hombres. Por su parte, Quevedo satirizó con la nariz prominente de Góngora en uno de sus sonetos, *a una nariz*, acusándole de ser un carácter de herencia judía con todo lo que eso suponía para la época, en cuanto a vergüenza, posible censura, y la persecución de tribunales de la época.

Otro de sus enemigos era el dramaturgo Juan Ruíz de Alarcón en quien Quevedo, cojo, gordo y miope, encontró un divertimento en su figura por ser pelirrojo y jorobado. Otro fue Juan Pérez de Montalbán, lo satiriza en *La perinola*, una obra cruel que incluyó en su libro *Para todos*.

Quevedo no solo utilizó la pluma para debatir con sus contrincantes, sino que también se batió en duelo con el autor y maestro de esgrima Luis Pacheco de Narváez, al criticar una de las obras de este último.

Un acicate de Quevedo recayó sobre los calvos y la calvicie, describiendo los varios linajes de calvas clasificándolas en sacerdotales, jerónimas, vergonzantes, asentaderas, agudas, calvas-truenos, mapa-mundi, calvarosa y donde el autor se burla de los que intentan disimular su falta de cabello con pelucas, postizos o muy burlescos peinados (Turiel de Castro, 1997:86).

Otro acontecimiento que salpicó a nuestro Quevedo tuvo lugar en la iglesia de San Martín en Madrid, cuando una mujer que oraba allí abofeteó la mejilla de otro hombre que intentó sobrepasarse. Quevedo se abalanzó sobre él, arrastrándolo fuera de la iglesia. Los dos hombres sacaron las espadas, y Quevedo atravesó a su contrincante, y este murió de sus heridas un poco más tarde. Resulto que la identidad de este hombre era una persona importante en la villa. También tuvo problemas con la Inquisición española, a quien denunció, con el fin de recuperar el control sobre sus obras.

Como dice el título de este apartado, Quevedo no dejó títere sin cabeza y sobre todo no se dejó nada de lo que pensaba sin decir: “Todos los que parecen estúpidos, lo son y, además también lo son la mitad de los que no lo parecen”.

De mí permanente admiración por la figura del Cardenal Cisneros, no puedo dejar de reseñar la intervención de D. Francisco en la rueda de declaraciones realizadas en Madrid en el año 1626, con el objetivo de recopilar información y apoyos favorables al proceso de beatificación que se llevaba a cabo en favor del Cardenal y que desgraciadamente no llegó a materializarse. La participación de Quevedo fue en calidad de antiguo estudiante de la Universidad Cisneriana y por ser personaje relevante en el mundo literario y social en la España gobernada por los Austrias, Quevedo se une a la opinión de que la Biblia Políglota, como obra cumbre del Cardenal, debería ser considerada como la octava maravilla del mundo, y además da a conocer, para ser aportado a la documentación de la causa (el posítio) que tiene en su poder: una carta del propio rey Fernando el Católico nombrando a Cisneros gobernador del Reino, un breve del papa León X dirigido al mismísimo Cardenal, así como documentos originales de la propia vida de Cisneros. (VVAA, 2013:156-157).

ODIO A LOS SANITARIOS: MÉDICOS Y BOTICARIOS.

Quevedo era una persona con un carácter especial que manifestaba su inquina hacia determinados colectivos, dejando expresiones de esta animadversión en gran parte de sus obras. Quevedo que es uno de los grandes representantes escritores del Siglo de Oro español, utiliza como herramienta permanente en sus obras la sátira tanto en poesía como en prosa, de esta forma los sanitarios no escapan de ella con interminables referencias del autor sobre los sanitarios donde los critica, insulta, ridiculiza y abomina de ellos.

Se han planteado como causas de este odio varios motivos:

- La propia experiencia de Quevedo con la profesión médica. Él siempre presumió de buena salud y de su incredulidad de cualquier método científico, aunque en su obra *Virtud militante* cuenta que padece algunas enfermedades pero que no necesita a los médicos.
- Otro puede ser el carácter antijudío de Quevedo y que gran parte de los galenos de la época eran de descendencia judía.
- También manifiesta el asco que le inspiran los médicos por el olor de orines y excrementos que sus pacientes emiten y que exhalan sin pudor.
- Por último, el carácter religioso, al considerar la enfermedad como un castigo divino. Recordemos que Quevedo era jesuita de pensamiento y de formación.

El ojo lo pone en sus representantes más reconocidos de la historia médica como son Hipócrates y Galeno, quien en “*Virtud militante*” los cataloga como “severamente fue docto Hipócrates, eruditamente fue docto Galeno” (Quevedo Villegas, 1961:1307-1308 TI), a estas figuras se le añade Teofrasto Paracelso quien en *Sueño del Infierno* se refiere al tiempo que dedica a la alquimia y la satisfacción de haber escrito medicina y magia; por otro lado en “*España defendida*” recibe el ataque por parte del autor al decir

“infame hechicero y fabulador Teofrasto Paracelso que se atrevió a la medicina de Hipócrates y Galeno, fundado en pullas y cuentos de viejas y en supersticiones aprendidas de mujercillas y pícaros vagabundos” (Quevedo Villegas, 1961:517 TI).

Otra de las figuras grandes en la historia de la medicina a quien hace referencia D. Francisco es Avicena, a quien, en uno de sus romances para menospreciar a un médico, se refiere a él llamándole “mal Avicena” y a quien dedica un poema:

“No estudies mi enfermedad
en Galeno ni Avicena”

En una de sus biografías de una antología de autores, nos dice que Quevedo cursó estudios de Medicina, pero no es cierto. Lo que sí era es un gran aficionado a las ciencias de la naturaleza en general y con ciertos conocimientos médicos.

Habla de los médicos como unos incompetentes e ignorantes que tienen ayudantes conocidos como practicantes sin formación académica, les ridiculiza porque no son capaces de curarse ni a sí mismos. Otras lindezas

que les atribuye es que presionan a sus enfermos para que los apunten en su testamento, frase que declara el reo en el episodio XXV de la *Hora de todos*. En *virtud militante* dice que “hay excepciones de excelentes y fieles y doctos médicos” aunque él no los conoce. No obstante, pronostica que cuando llegue el día en que no pueda más, él los llamará “no para escapar, para morir, como es uso y costumbre” (Quevedo Villegas, 1961:1310 TI).

Aconseja que se grite “muerte va” al paso por la calle de un médico y en *jácaras* les aplica el apelativo de *matasanos* y dice que son espadas que matan. (Quevedo Villegas, 1961:191-193 TII). Y en las *letrillas satíricas* habla de los médicos que pasan hambre por no tener ya a quien matar. (Quevedo Villegas, 1961:220 TII).

“Médicos vi en el lugar
que sus desdichas rematan
y la hambre no la matan
por no haber ya que matar”

De todo esto no escapan los boticarios de los que dice “(...) Oro hacen de las moscas, del estiércol, oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos...” Por todo ello a lo largo de sus obras completas encontraremos referencias sarcásticas y satíricas sobre los médicos y boticarios, unas veces por separado y otras conjuntamente, como una única unidad, llamadas ciencias médicas. Así habla de doctores galenistas y boticarios droguistas como veremos, catalogando de valientes a los hijos de estos sanitarios por reconocer en público la denigrante profesión de sus padres. En “El libro de todas las cosas” nos cuenta que la persona que tenga llagas huya de acudir a un boticario y los que padezcan alguna enfermedad, morirán si se ponen en manos de los médicos. (Quevedo Villegas, 1961:111-112 TI). En *El sueño del juicio final* refiere “a un médico pensando en un orinal y un boticario en una malecina” (Quevedo Villegas, 1961:131-132 TI).

Ridiculiza a los médicos por su afán coprofílico y escatológico, que pasan el día olisqueando heces y orines, e incluso degustando el cerumen de los oídos, métodos empleados como ayuda para el diagnóstico de las enfermedades empleando como técnicas analíticas el olfato, auxiliado por la vista y otras por el gusto. Así se refleja en “Gracias y desgracias del ojo del culo”, donde nos dice “hasta los excrementos o mierda son de provecho, pues según defienden los doctores galenistas y boticarios droguistas son buenos para...”. En la misma obra nos cuenta todos los sinónimos referidos al culo: nalgas, asentaderas, antífonas o trancahilo. Así como la recomendación

cuando “nos dicen del pedo los doctores que es muy importante su expulsión para la salud y que no se detenga” (Quevedo Villegas, 1961:97-98 TI)

En estos tiempos actuales donde los servicios sanitarios son tan útiles y necesarios, recuerdan a las luchas llevadas a cabo por estos en épocas de epidemias de los siglos XVI y XVII, como la de peste ocurrida entre 1596-1602 y donde la mayor parte de las bajas se producían en los pueblos que carecían de servicios médicos (Menéndez de la Puente. 1968:16). Donde sí ahora lamentablemente se han producido los fallecimientos de muchos de nuestros colegas ejerciendo su profesión, por lo que no nos podemos imaginar los que suponía hace 400 años cuando no se tenía una ley de riesgos laborales ni se conocía el concepto de EPI's que pudieran en cierto grado proteger su vida. Nuestro protagonista, no solo en estos casos de alarma sanitaria no empatiza lo más mínimo con este colectivo, sino que lo ignora totalmente.

Los médicos de época no utilizaban unos emblemas o vestimentas que los identificaran del resto de la población, pero sí que hacían uso ostentoso de la profesión, así lo refería Quevedo:

“Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga y en verano sombrerito de tafetán. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, arras y eres doctor, y si andas a pie, aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto que su rienda consiste en una mula (...)” esto nos lo dice en su obra el “Libro de todas las cosas” (Quevedo Villegas, 1961:115 t1).

En su obra “La Visita de los chistes” dice “(...) Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y los malos no sean buenos jamás” y más adelante sigue.

“Y has de saber que todos enferman del exceso o destemplanza de humores, pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan... Y así no habéis de decir, cuando preguntan de qué murió fulano, de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas, sino que murió de un doctor.”.

Quevedo nos cuenta en sus romances que no existe mejor médico ni botica que la naturaleza, así como que el oficio del médico es el oficio de difuntos y que el boticario tiene, con el diablo, hecho pacto explícito de purgas. (Quevedo Villegas, 1961:282-283 TII).

Quevedo siempre aconseja la limpieza y además nos dice en “Migajas sentenciosas”, “el que quiera tener salud en el cuerpo, procure tenerla en

el alma”, (Quevedo Villegas, 1961:1124 TI) explicando en “La cuna y la sepultura” que considera salud como un equilibrio entre los humores y la enfermedad como un desequilibrio entre los mismos. (Quevedo Villegas, 1961:1205 TI).

En muchas obras de Quevedo se hace referencia de forma continua a diversas enfermedades, entre ellas a las tercianas y cuartanas a las que alude en sus romances y sátiras, así como en la obra teatral *Diálogo* entre Morales y Jusepa. El cáncer se trata en la vida devota como una enfermedad grave e incluso vergonzosa. Otra enfermedad frecuentemente tratada es la sífilis, el llamado mal francés, enfermedad que ocasiona graves estragos, quizás por la forma de transmitirse, cuyo origen está en los pecados de la carne (Quevedo Villegas, 1961:418 TI) asegurando en sus romances que es algo habitual en las putas, como señala en la obra de teatro “Las valentonas y destreza y los galeotes” “hembras de la vida airada (...) el andar a lo escocido” (Quevedo Villegas, 1961:647-648 TII).

Tampoco pierde la oportunidad para referirse a las afecciones anales, como son las almorranas, a las que se refiere en el “Cuento de cuentos”. “El blasón tan presumido de tener sangre en el ojo del culo más denota almorranas que honra”. Lo mismo sucede en algunos romances en sus poesías satíricas y en la obra de teatro *El médico* (Quevedo Villegas, 1961:553 TII). Otro signo al que se refiere es el estreñimiento, comparando en sus romances a los estreñidos con los melones, por las calas que se hacen a ambos (Quevedo Villegas, 1961:345 TII). Cuando se refiere a las afecciones de la vista lo hace como nubes y cataratas “que le hacían no ver este tropezón” aconsejando a quien las padece el uso de anteojos. Las viruelas frecuentes en la época, las describe en “El chitón de las tarabillas” como “mal queda a todos y de que ninguno se escapa y de que muchos nos escapen, incluso los que curan conservan como recuerdo señales y hoyos”, (Quevedo Villegas, 1961:806-807 TI). Las enfermedades de la piel a las que se refiere Quevedo es la tiña asociándola a los escribanos como una afección mal vista, por ser de pobres y vagabundos. También deja alusiones al dolor de costado, dolor de muelas, la hidropesía, la gota, la alopecia y el mal de orina.

Siempre obsesionado por el poder y el dinero del que Quevedo dice que tiene la capacidad de tapar, disimular y hasta corregir y modificar todo tipo de vicios y defectos ya sean físicos, psíquicos o morales.

Quevedo hace una clara alusión sobre el interés que tenían los galenos sobre el dinero:

“Cuando vuelven la mano atrás al recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo y corren como una mona al que se lo da, porque lo maten (...)”.

En “El alguacil endemoniado” lo relaciona “como ladrones ya que los médicos nos quitan la vida y los boticarios la salud”. (Quevedo Villegas, 1961:136-139 TI). De la misma manera en “El libro de todas las cosas”, considera a los boticarios medio brujos y medio científicos, pero lo que más le preocupa en su oficio es el dinero

“si quieres ser alquimista y hacer de las piedras, yerbas, estiércol y aguas oro hazte boticario y harás oro de todo lo que vendieres” (Quevedo Villegas, 1961:116 TI).

En cuanto al gasto que suponía utilizar los servicios médicos, Quevedo lo relata en “Virtud militante”,

“que cuando enfermaba no se curaba con otra cosa sino con la cuenta que hacía de lo que ahorraba en no llamar médico, ni pagar botica” (Quevedo Villegas, 1961:1269 TI).

Quevedo declara que es mejor no escatimar presupuesto en alimentación para no tener que recurrir a la intervención de los médicos y manifiesta:

“Más caro es un médico, un boticario o un barbero, todo el año en casa curando enfermedades (...)”, y “había menester pedir limosna para curarme, por ser más caro médico y botica que armas a caballo (...)”. mencionado en “La fortuna con seso”. (Quevedo Villegas, F. 1961:245-246 TI).

El dinero que se gasta en médicos y boticarios le parece a nuestro autor un despilfarro y por ello, pone en boca de un viudo un triste lamento, pero no por la muerte de su mujer si no por lo que a causa de esta tuvo que gastar: “Entre si va pensando que, ya que se había de morir, se pudo morir de repente sin gastarle en médicos ni boticas y no dejarle empeñado en jarabes y pócimas”. Otro de sus personajes nos dice “que murió antes de enfermo que de curado, para ahorrarse el médico”, algo parecido dice en otra ocasión “Que cuando enfermaba no se curaba con otra cosa sino con la cuenta que hacía de lo que ahorraba en no llamar médico, ni pagar botica”.

En cuanto a sus alusiones conjuntas a médicos y boticarios, vemos en “El alguacil endemoniado” ante un grupo de condenados por hurto hay

médicos y boticarios, aludiendo que unos nos quitan la vida y otros la salud, y en *el sueño del infierno* “dejen pasar a los boticarios, ¿boticarios pasan?, al infierno vamos”.

En “El sueño del infierno” muestra el modo de actuar de los boticarios:

“Estos son los boticarios, que tiene el infierno de bote en bote. Gente que, como otros buscan ayuda para salvarse, éstos la tiene para condenarse, estos son los verdaderos alquimistas de la agua turbia -que no clara- hacen oro, y de los palos. Oro hacen de las moscas, del estiércol, oro hacen de las arañas, de los alacranes y de los sapos; oro hacen del papel, pues venden hasta el papel en que dan el unguento”. (Quevedo Villegas, F. 1961:152 TI).

El pésimo concepto que tenía de los boticarios, lo hace patente en su obra quizás más conocida como es *el buscón*, donde nos presenta al Dominé Cabra como hijo de boticario en un tono muy despreciativo. Lo mismo sucede en el romance “La boda de la hija del boticario”, con la única intención de atacar al boticario y ridiculizar a su hija.

En otra obra como es “La Perinola” se hace la comparación de los boticarios con los libreros, colectivo también odiado cordialmente por Quevedo, pero a diferencia de estos, reconoce a los primeros que para llegar a serlo han de estudiar muchos años. Sin dar tregua afirma en *Virtud militante* que “los productos que salen de las boticas suelen inspirar asco” llegando a afirmar que son ponzoña y veneno.

A las boticas las considera lugares rebosantes de potingues, “horror de las pócimas, jarabes y purgas mal acondicionadas y peligrosas”. Uno de los preparados más citados son los purgantes, diciendo de ellos en “Virtud militante” que “los médicos los recetan para que tenga que vender el boticario y que padecer el enfermo” (Quevedo Villegas, 1961:1316 TI).

Las formas farmacéuticas del momento eran los jarabes, lamedores, electuarios (mermeladas que contenían alguna droga junto a azúcar y miel), incluso el vino era empleado como vehículo para administrar alguna droga.

El producto estrella contenido en la *pharmacopoea* de la época era la *theriaca* o *triacá*, preparado que llegaba a contener en su formulación más de un centenar de componentes y de muy diversa naturaleza. El componente más representativo era el veneno de víbora, como nos lo cuenta en *La fortuna con seso* “esta se fabrica sobre el veloz veneno de la víbora” (Quevedo Villegas, 1961:270-271 TI), o en las *Migajas sentenciosas* cuando dice “de los trabajos se saca provechos, como de víboras triaca” (Quevedo Villegas, 1961:1082 TI). Otro de los preparados históricos es la *piedra de bezoar*, muy usada como antídoto y medicamento contra enfermedades malignas. Hay

que añadir el uso del *rapé* o *tabaco en polvo* utilizado como medicina, así como *las cantáridas* donde se solían preparar unos parches que eran aplicados a los enfermos, que Quevedo menciona en varias ocasiones y que les atribuye efectos afrodisiacos.

Una práctica habitual en la época eran las sangrías, ventosas y sanguijuelas, tratamientos que empleaba un médico cuando no sabía qué hacer, según Quevedo.

En "La Visita de los chistes" cuenta que

"alrededor (de los médicos) venía gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre.....El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor, y acábase en las campanas de la iglesia".

Mantenia de forma corriente comunicación epistolar con su amigo Francisco de Oviedo, en una de esas cartas escribe como parte de uno de sus sonetos la descripción de un boticario como "amigo, docto y rico y buen cristiano que son los tres fiadores de la verdad de los botes", no se sabe si como halago o crítica. ". (Quevedo Villegas, F. 1961:384 TII).

Los cataloga de militares de la sociedad contando que

"son armeros de los doctores, ellos les dan las armas....espátulas son espadas en su lengua; píldoras son balas; clísteres y melecinas, cañones; así se llaman cañón de melecina...".

Los boticarios en esa época, como en la actualidad, eran los únicos autorizados para el control y manipulación de las sustancias tóxicas por lo que por ello debían dominar el latín, así como mantener las boticas en un estado de salubridad adecuadas y preparadas para la inspección que se realizaban al menos una vez al año por una comisión que inspeccionaba los medicamentos, retirando los que estaban en malas condiciones. Los boticarios, cuando carecían de algún producto esencial, bien por estar agotados o ser demasiados caros, debían sustituirlos por otros mucho más baratos y corrientes ajustando la fórmula de la preparación. (Menéndez de la Puente, 1968:14)

Quevedo describe a los médicos como unos asesinos, con la complicidad de los boticarios, que venden y preparan los medicamentos recetados, y con la de los barberos que sangran a los pacientes, metafóricamente y en lenguaje barroco lo expresa como

“el clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor, y acabase en las campanas de la iglesia...”.

Quevedo lo manifiesta en boca del condenado a morir en la horca en el capítulo XXV de “La Hora de todos”.

El escritor relaciona a los médicos con la muerte continuamente. En “La hora de todos y la fortuna con seso”:

“pasó un médico en su mula, le cogió la hora, y se halló de verdugo, perneando sobre un enfermo, diciendo credo, en lugar de récipe, con aforismo escurridizo”.

En “El Sueño del alguacil endemoniado”, dice que llegó un asesino, que “tenía en su haber unas muertes y le mandamos alojar con los médicos.

Pese a la mala opinión que Quevedo tenía de médicos y boticarios, cuando se sintió que su enfermedad se agravaba, reclamó urgente y de forma insistente los servicios de estos profesionales, pidiendo incluso que se le permitiera trasladarse a una localidad más próxima para tenerlos más cerca.

Pasó gran parte de su vida atacando y ridiculizando a la profesión médica, aunque sabía que tarde o temprano los iba a necesitar. Para entonces reconoce sus méritos y acaba suplicando su auxilio. Por eso dice que “la fuente que me he hecho en el brazo izquierdo me purga de manera, que es cosa de admiración y alivio de todos mis achaques, que ya le siento”, y a lo mejor en arrepentimiento de los expulsado verbalmente con anterioridad y en agradecimiento de su actuación añade: “El médico que me cura, que es grande”.

Todos ellos se hacen cómplices de los boticarios que mezclan ingredientes asquerosos en sus preparados, llamados por Quevedo como porquerías y hediondecas.

Quevedo mantuvo esta rivalidad hasta el final de su vida, en una ocasión ya muy enfermo preguntó al médico que le dijera cuánto tiempo le quedaba por vivir, el médico le dijo que tres días, a lo que Quevedo replicó: “Ni tres horas”, y así fue. El gran Quevedo murió.

Agradecer a Gustavo, Guillermo y Máximo como primeros lectores, los consejos y correcciones realizadas en este artículo.

Pero para dar por concluido este trabajo, quería dedicárselo a un añorado amigo, que durante la presentación de mi libro “Alcalá de Cisneros”, explicó la diferencia que existe en castellano entre el verbo “ser” y el verbo

“estar”, haciendo un paralelismo con las figuras de Cervantes (verbo ser) ya que, al nacer en nuestra ciudad, es de Alcalá, y Cisneros (verbo estar) que, sin ser de Alcalá, estuvo en ella creando la primera ciudad universitaria del mundo.

Pues bien, amigo, a mi humilde parecer en tu persona aúnas “el ser y el estar”, ya que eres por nacimiento y estuviste cuando nuestra querida ciudad te necesitaba para recuperar esa ciudad universitaria que creó nuestro admirado Cardenal Cisneros. Por todo, gracias allá donde te encuentres.

Evidentemente todos sabemos que este añorado amigo es Arsenio E. Lope Huerta.



Figura 4. Escultura en homenaje a Francisco de Quevedo, situado en un balcón del inmueble del Siglo XVI-XVII, reconstruido recientemente en la calle Escritorios nº 11 de Alcalá de Henares.

BIBLIOGRAFIA GENERAL EMPLEADA

- Buendía, Felicidad. 1967. "Obras completas de D. Francisco de Quevedo". Ed. Aguilar (sexta edición).
- De Pagés, Aniceto y Pérez Hervás, José. 1901. "Gran diccionario de la Lengua Castellana. Con ejemplos de buenos escritores antiguos y modernos". Fomento comercial del libro. Barcelona
- Menéndez de la Puente. 1968. "Notas históricas sobre el ejercicio de las profesiones sanitarias". Zaragoza.
- Quevedo Villegas, Francisco. 1961. "Obras completas". Tomos I y II. Ed. Aguilar.
- Quevedo Villegas, Francisco. 1996. "Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos". 'Clásicos de la literatura española. Ediciones Rueda J.M. S.A.
- Rivas Cabezuelo, José Luis. 2008. "Sobre el nacimiento de Francisco de Quevedo. Fundación Francisco de Quevedo.
- Turiel de Castro, Mariano. 1997. "Antropología y ciencias médicas en la obra de Francisco de Quevedo". Publicado por laboratorios SmithKline Beecham.
- VVAA. 2013. "Construyendo identidades. Del protonacionalismo a la nación". UAH. Alcalá de Henares.